



Julio Glockner

LA MIRADA INTERIOR

PLANTAS SAGRADAS DEL MUNDO AMERINDIO



DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A la memoria de María Sabina,
Gordon Wasson y Álvaro Estrada, cuya
amistad
abrió las puertas a una realidad insospe-
chada*

Preámbulo

Este libro es producto del asombro que durante años me han causado las conversaciones con hombres y mujeres que han vivido intensamente la experiencia de otra realidad, una que es intangible y sin embargo complementaria de ésta que experimentamos todos los días. A esa realidad alterna todos los humanos tenemos acceso a través de los sueños, las disciplinas ascéticas o la modificación de la conciencia ordinaria con el empleo, ritual o no, de enteógenos; pero no todas las culturas valoran de la misma manera las consecuencias y las potencialidades de ese acceso, ni todas capacitan a los individuos que las conforman para llevarlo a cabo. No obstante, las puertas de entrada a esa alteridad radical han sido, desde hace milenios, oníricas y bioquímicas, y permanecen abiertas para cualquiera que esté dispuesto a cruzar su umbral, adentrándose en un ámbito que sólo puede ser contemplado con la propia mirada interior. En el mundo amerindio esa otra realidad se manifiesta como un mundo espiritual, como un mundo de seres inmateriales, o mejor dicho, de seres de una materialidad tan sutil que son imperceptibles a los sentidos humanos durante la vigilia. Se trata de un mundo, más que paralelo, enterverado con el mundo material, o mejor aún, que impregna y habita desde dentro, mediante múltiples hierofanías, la materia en sus más diversas manifestaciones orgánicas e inorgánicas, es decir, ese mundo es otro pero siempre ha estado en éste. No se trata de una dicotomía excluyente, sino de una polaridad que genera un juego de perspectivas que se complementan para vivir y actuar en una misma realidad.

El modo que los espíritus y su mundo tienen para presentarse a los humanos es el de las imágenes mentales, que pueden ser no sólo visuales sino auditivas, táctiles e incluso olfativas y gustativas. Las imágenes mentales que aparecen en sueños o en estados visionarios deben ser cultivadas para poder incrementar tanto su nitidez como la intensidad de la vivencia y el contenido simbólico que comunican. De la misma manera que las deidades mesoamericanas son metáforas de ciclos cósmicos, los espíritus son metáforas de estados anímicos individuales, de modo que todo encuentro de carácter espiritual es un encuentro con diversos aspectos de uno mismo, aspectos que se socializan en un determinado contexto histórico para nutrir el imaginario mágico-religioso de una colectividad.

Es un largo, difícil y penoso camino el que debe recorrer un chamán para adentrarse en el mundo espiritual y poder interactuar en él. Por chamán entiendo a toda persona que a experimentado una muerte y una resurrección simbólicas como signo de una apertura al mundo de lo sagrado; una persona que ha recibido un mensaje iniciático de las deidades y el don correspondiente, sea a través de los sueños, mediante visiones enteogénicas, disciplinas físicas o el padecimiento de alguna enfermedad; una persona capaz de mantener un vínculo permanente con la dimensión espiritual que gobierna el mundo y a los seres vivos, incluyendo los humanos, con una finalidad terapéutica, adivinatoria y sacramental. La vivencialidad y el control de las imágenes mentales, como bien ha señalado Richard Noll, es la forma que el chamán tiene para alcanzar el dominio de los estados visionarios, haciendo valer en ellos tanto su presencia como su voluntad. El cultivo de estas imágenes mentales, convertidas mediante el adiestramiento adecuado en técnicas del éxtasis, ha sido considerado desde los primeros tiempos de la colonización europea como hábil engaño del demonio o como simples argucias de caciques y gobernantes para mantenerse en el poder. Con el desarrollo del pen-

samiento ilustrado y la gradual consolidación del conocimiento científico surgen nuevas apreciaciones de la cosmovisión y la ritualidad indígena, pero estos nuevos planteamientos no dejan de considerar que se trata de representaciones falsas de la realidad. No me propongo aquí contar la historia del desplazamiento de esos criterios de la demonología a la bioquímica, la neurofisiología y la antropología; sólo intento mostrar una serie de momentos históricos significativos, que ocurren entre las vidas de Cristóbal Colón y Gordon Wasson, en los que es posible ver con cierta claridad la confrontación de lógicas radicalmente distintas. En dos capítulos refiero un par de experiencias propias: uno condensa las largas conversaciones que tuve con un chamán mazateco, y el otro describe un ritual propiciatorio de la lluvia en el que tuve la oportunidad de participar y consumir hongos sagrados. Creo que la antropología también es una sensibilidad, lo que implica una disposición personal para pensar y vivir en carne propia experiencias que ocurren en ámbitos culturales distintos al nuestro. En esa exposición a la otredad, una vía adecuada para pensarla desde dentro, paradójicamente encontré el más profundo sentido de la unicidad, pues la conciencia adquiere una condición tal de refinamiento que se sabe no separada, como un observador externo, sino plenamente integrada a lo que acontece, y lo que acontece es un torrente de totalidad en cada cosa.

Quiero agradecer aquí el apoyo que he recibido de Agustín Grajales y Francisco Vélez, dos amigos y colegas que han dirigido el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades donde trabajo; también quisiera corresponder con este libro a mi querida compañera, Antonella Fagetti, por las interminables conversaciones que durante años hemos sostenido, y seguiremos teniendo, sobre temas que a ambos nos apasionan.

CAPÍTULO 1

Esclavizando el Paraíso

Después de casi una década de tanteos iniciados con los viajes de Cristóbal Colón a las Islas de Tierra Firme del Mar Océano, comenzó a tomar forma entre los cartógrafos europeos, ya con cierta precisión y realismo, la costa occidental del Océano Atlántico. El mapa elaborado por Juan de la Cosa en 1500 representaba ya con alguna fidelidad los contornos de las Antillas, dejando ver la posibilidad de un mar tropical cerrado, al oeste de las islas, en un golfo de enormes dimensiones. Hacia mediados del siglo XVI esa inmensidad azul se conocería, primero, como Golfo de la Nueva España, y poco después, como Golfo Mexicano. Sin embargo, a pesar de ser el mar mejor conocido del Nuevo Mundo, el Caribe permaneció por mucho tiempo sin recibir un nombre. Primero se le llamó, sin mucho éxito, Golfo de los Caníbales; más tarde los ingleses lo llamaron Spanish Main, y en las últimas décadas del siglo XVIII aparece en el *Atlas de las Indias Occidentales* de Thomas Jeffreys este comentario: "A veces se le ha llamado Caribbean Sea, nombre que sería mejor adoptar que dejar anónimo este espacio".¹ Desde el punto de vista arqueológico e histórico el Caribe es una vasta área cultural que va desde las costas nororientales de Sudamérica hasta la actual Belice, incluyendo el llamado *arco antillano*, esto es, las islas que comunican el litoral venezolano con el sur de la península de la Florida, que se dividen en Antillas Mayores: Cuba, Haití, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico, y Antillas Menores: Trinidad y

Tobago, Granada, San Vicente, Barbados, Santa Lucía, Martinica, Dominica, Guadalupe, María Galante, Antigua, San Martín, Santa Cruz y las Bahamas o Lucayas.²

Es muy probable que este arco isleño se haya poblado lentamente por vía marítima a partir del delta del río Orinoco. Los vestigios arqueológicos más antiguos encontrados hasta ahora en la costa sur de Trinidad oscilan entre los 5 500 y los 7 500 años de antigüedad, en lo que se conoce como la primera migración, denominada Siboney. Se trata de gente que desconocía la agricultura y la alfarería, y se dedicaba más bien a la pesca, la caza y la recolección. Estos primeros pobladores se encontraban ya en las islas mayores, según se ha podido constatar en varios sitios de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, alrededor del año 2500 antes de nuestra era. La cultura paleolítica de estas sociedades se conservó hasta los primeros siglos anteriores a la era cristiana, cuando comenzaron a llegar migraciones sucesivas de arahuacos, más desarrollados, con conocimientos agrícolas y de alfarería, procedentes del río Guapo, en Venezuela. Los llamados guapoides desplazaron de las Antillas menores a los siboneyes, que poco a poco se fueron trasladando hacia las Antillas mayores. Más tarde hubo una segunda oleada arahuaca, conocida como saladoide por provenir del río Salado. Todo esto ocurre, aproximadamente, entre el año cero y el 800 después de Cristo, cuando el seminomadismo siboney, sustentado en la pesca y la caza, va cediendo gradualmente ante el sedentarismo agrícola de los arahuacos. A este periodo formativo se le conoce con el nombre de ostionioide.³ En realidad estas formas de vida no son excluyentes y coexisten en forma complementaria hasta la llegada de los europeos a finales del siglo XV.

El siglo IX es de cambios profundos. Durante este periodo se producen las migraciones de los belicosos caribes, que llegan a las Antillas menores y expulsan a los arahuacos, que a su vez emigran a las Antillas mayores, hacia el año

850 después de Cristo, para mezclarse con los habitantes de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. De esta fusión étnica surge el pueblo taíno, que también colonizará la isla de Jamaica. El mundo taíno, dice Maurice Duverger, en realidad es un mundo étnicamente variado, pero unificado por compartir un modo de vida y creencias comunes. Este pueblo, formado 500 años atrás, fue el que encontraron Colón y sus navegantes en las Antillas mayores, un pueblo que desapareció en unas cuantas décadas debido a las epidemias y la esclavitud a que fue sometido por los colonizadores europeos.

Al recorrer ese mar que tanto dilató en tener un nombre definitivo, Colón hizo el primer esbozo de la costa noroccidental de La Española, que algunos historiadores han supuesto tenía el nombre de Bohío. Uno duda en llamar *mapa* a esa línea quebradiza que intenta ser fiel a las sinuosas costas que el almirante tenía a la vista. El trazo incluye algunos nombres, los primeros topónimos de lo que años después se reconocería como un nuevo continente: Natividad, Monte Cristi, Civao... De la misma manera que el astrolabio, la brújula magnética y la disposición de las estrellas en el cielo son recursos para moverse en el mar, el papel y la tinta que crean la cartografía son indispensables para andar orientado en la tierra. El almirante llamó a la isla La Española —escribió su hijo Hernando Colón— porque

viendo que esta isla era muy grande, y que los árboles de ella se asemejaban a los de España, y que con una redada que hicieron los de los navíos cogieron muchos peces como los de España, a saber, caballos, lizas, salmones, sábalos, gallos, salpas, corvinas, sardinas y cangrejos, resolvió darle a la isla un nombre conforme al de España; y así, el domingo 9 de diciembre la llamó Española.⁴

Al ir otorgando un nombre castellano a las islas y sus parajes, Cristóbal Colón y su gente van reproduciendo su propio universo cultural y el de los futuros colonos en la nueva geografía: La Española, Natividad, Isabela, Fernandina, Guadalupe, Santo Tomás, San Juan, Santiago, Santo Domingo... Nombres de reyes y santos se imponen sobre la toponimia nativa, creando una sensación de familiaridad y dominio natural de la tierra y sus habitantes.

El archipiélago antillano fue el destino final de las especulaciones, los anhelos y las ambiciones del almirante Colón y los monarcas católicos que lo respaldaron; fue también, para una de sus islas en particular, La Española, el inicio de uno de los capítulos más crueles en la historia de la infamia humana. Lo que sucedió en las Antillas fue la continuación de un fenómeno que se gestó algunos años atrás, con la caída, en enero de 1492, de Granada, el último bastión musulmán en la península ibérica, donde estuvo presente Cristóbal Colón. Pero también la toma del puerto de Málaga, un año antes de la rendición de Granada, donde fueron vendidos como esclavos cerca de 11 000 cautivos; y los viajes que el almirante realizó en la flota portuguesa que comerciaba azúcar, oro, marfil, pimienta y que estaba implicada en la trata de esclavos en la costa occidental de África; y por supuesto la conquista de las islas Canarias, que culminó con la esclavitud de los nativos guanches o su exterminio; y la persecución, muerte y expulsión de los judíos de la península, que revelaba una intolerancia religiosa que habría de expandirse al continente americano. Cada uno de estos acontecimientos iba definiendo el tipo de dominación que las monarquías cristianas en expansión establecían con los pueblos que encontraban en su camino. El solo hecho de desembarcar en otras tierras se asumía como un acto de apropiación de todo lo que la vista pudiera abarcar. Una especie de derecho intrínseco, pensado como algo natural, respaldado por las armas y la voluntad divina, hacía pensar a aquellos viajeros que el paisaje que contemplaban debía

formar parte del reino al que ellos pertenecían, que sus habitantes debían ser sometidos como súbditos al orden y los mandatos de la Corona a la que servían, y que las almas de aquellos infieles debían ser puestas a salvo mediante el bautizo y la evangelización. Así lo decía, explícitamente, el título concedido a Colón por los reyes de Aragón y Castilla: “Vos, Cristóbal Colón, vades por nuestro mandato a descubrir e ganar con ciertas fustas nuestras, e con nuestras gentes, ciertas Islas e Tierra Firme en la Mar Océana, e se espera que con la ayuda de Dios se descubrirán e ganarán algunas de las dichas Islas e Tierra Firme por vuestra mano e industria”.⁵

Dirigiéndose a los reyes católicos, Colón describía así a los indios taínos:

Son gente de amor y sin codicia, y convenientes para toda cosa, que certifico a vuestras altezas que en el mundo creo no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa y siempre con risa... Aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta... Ellos no tienen armas y son todos desnudos y de ningún ingenio con las armas y muy cobardes, que mil no aguardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y que se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.

El discurso de Colón en torno de los indios se irá modificando gradualmente y poco a poco dejarán de ser los buenos salvajes, hasta cierto punto confundidos con los demás seres de la naturaleza por su desnudez y su candor, para ir mostrándolos cada vez más como ignorantes, violentos, salvajes y ladrones que bien merecían castigos ejemplares,

como se deja ver en la instrucción que da a Pedro Margari-te: "Y porque en este camino que yo hice a Cambao acae-ció que algún indio hurtó algo, si hallardes que alguno d'ellos furten, castigaldos también cortándoles las narices y las orejas, porque son miembros que no podrán escon-der".⁶ Esto ocurrirá sobre todo a su regreso a La Española en su segundo viaje.

LA TRINIDAD TAÍNA

Los indios taínos rendían culto a Yúcahu Bagua Maórocoti, llamado también Yucahugamá. Fray Ramón Pané escribe al inicio de su *Relación* lo siguiente: "Creen que está en el cielo y es inmortal, y que nadie puede verlo, y que tiene madre, mas no tiene principio, y a éste llaman Yúcahu Ba-gua Maórocoti. Y a su madre llaman Atabey, Yermao, Gua-car, Apito y Zuimaco". En el análisis lingüístico que Juan Arrom hace del nombre de algunas deidades taínas, dice que Yúcahu Bagua puede traducirse libremente como "Es-píritu de la Yuca y el Mar". Ser inmortal e invisible, donador de la yuca, a quien el taíno pedía su pan cotidiano, su caza-be de cada día. Maórocoti se traduce como "Sin Abuelo", lo que explica que "tiene madre mas no tiene principio". Respecto de los nombres de la Madre, Arrom piensa que se trata más bien de un canto en el que se exaltan algunas de sus características: Madre de las Aguas, Señora de la Lu-na, Señora de las Mareas y la Maternidad, Madre Univer-sal...⁷ Juan Arrom demuestra la relación que el culto a Yu-cahugamá, como deidad agrícola, tiene con la elabora-ción de algunos objetos rituales antropomorfos, llamados cemíes tricornios, que cumplen una función fertilizadora del alimento básico de la dieta taína, la yuca. Estos objetos bel-lamente esculpidos eran enterrados en los conucos o cam-pos de cultivo para desplegar su poder genésico desde el

interior mismo de la tierra. Sin embargo, por la variedad de sus formas, que no se limitan al mundo vegetal sino que comprenden aves, tortugas, manatíes, ranas, serpientes, iguanas y humanos, se puede deducir que revelan la comunicación ritual que los taínos mantenían con los seres que habitan el aire, la tierra y el agua, y con los principios cósmicos que hacían posible la vida toda en sus múltiples manifestaciones. De ellos da cuenta Fernando Colón diciendo que “la mayor parte de los caciques tienen tres piedras, a las cuales ellos y sus pueblos muestran gran devoción. La una dicen que es para los cereales y las legumbres que han sembrado; la otra para parir las mujeres sin dolor; y la tercera, para el agua y el sol, cuando hacen falta”.⁸ Estas tres facultades se hallaban integradas en una sola pieza labrada magistralmente con motivos vegetales, antropomorfos y zoomorfos.

Lo que los frailes cristianos presenciaron de la vida religiosa de los taínos, sin comprenderla plenamente debido al monoteísmo militante que empobrecía su criterio, es la experiencia misma de lo sagrado. El pensamiento taíno se vuelca sobre el mundo para darle significación porque se siente vivo y plenamente integrado a él.

La conciencia de un mundo real y significativo —dice Mircea Eliade— va estrechamente ligada al descubrimiento de lo sagrado. Mediante la experiencia de lo sagrado, el espíritu ha captado la diferencia entre lo que se revela como real, potente y significativo y lo que carece de esas cualidades, es decir, el flujo caótico y peligroso de las cosas, sus apariciones y desapariciones fortuitas y carentes de sentido [...] Lo sagrado no es una etapa en la historia de la conciencia, sino un elemento de la estructura de esa misma conciencia. En los grados más arcaicos de la cultura, *vivir como ser humano* es ya en sí mismo un *acto religioso*, puesto que la alimentación, la vida sexual y el trabajo poseen un valor sacramental. La experiencia

de lo sagrado es inherente al modo de ser del hombre en el mundo... Lo sagrado no implica la fe en Dios, en los dioses o los espíritus. Es la experiencia de una realidad y la fuente de la conciencia de existir en el mundo.⁹

Sin afán de idealizar la vida de los nativos antes de la llegada de los europeos, debemos reconocer que la simplicidad de su tecnología y sus costumbres se correspondía de un modo más o menos armónico con un medio ambiente exuberante y generoso que ponía casi al alcance de su mano los medios necesarios para subsistir. El hombre blanco —dice Sauer— nunca apreció debidamente la excelente combinación de plantas de los conucos (campos de cultivo). El sistema de plantación mixta permitía aprovechar la mayor parte del terreno, cualquiera que fuese el grado y la regularidad de su inclinación. Las plantas cultivadas no exigían demasiado ni agotaban la fertilidad del suelo, y eran relativamente indiferentes a su acidez. No necesitaban medios especiales de almacenamiento ni tenían época crítica de cosecha, puesto que producían todo el año. Con esa notable riqueza vegetal las tierras de La Española eran productivas como pocas regiones del mundo. Según el padre Las Casas, quien tuvo cultivos comerciales en la isla, 20 hombres trabajando seis horas diarias, durante un mes, podían plantar conucos suficientes para proporcionar pan para 300 personas durante dos años. Contamos también con el testimonio de los frailes jerónimos, que tuvieron a su cargo la colonia de 1517 a 1518, e informaron a Carlos V que habían hecho formar 800 000 montones plantados de yuca, los que alimentarían a más de 7 000 indios durante un año. Lo que representaría la provisión de pan para más de 12 personas por hectárea, un rendimiento que Europa no conoció hasta que se introdujo el cultivo de la papa americana. El pueblo taíno, concluye Sauer, no padecía necesidades, cuidaba sus plantíos, era diestro en la pesca e intrépi-

do en la navegación y la natación. Diseñaba casas atractivas y las mantenía limpias, tenía un desarrollado gusto estético en el tallado de madera y piedra. Tenía tiempo libre para jugar, hacer música y bailar. Vivía en paz y amistad.¹⁰

POLVOS MÁGICOS

Según Pedro Mártir de Anglería el término *taíno* significaba “hombre bueno o noble”, seguramente aludiendo al carácter generoso y apacible que tanto llamó la atención de los europeos durante los primeros encuentros con ellos. La arqueología ha reconocido el sur de la isla de Santo Domingo como el lugar de origen de la cultura taína, donde evolucionó a partir de los grupos arahuacos asentados en esa región y caracterizados por el nivel de desarrollo de las culturas llamadas ostionoides. Este horizonte cultural inicia en el siglo VII de nuestra era y se distingue por la organización social en bandas seminómadas que practican la agricultura de tala y quema complementada con caza, pesca y recolección. El aporte fundamental de estas bandas fue el cultivo en montículos “que llegaban a las rodillas” y que consistía en acumular desperdicios orgánicos mezclados con tierra fértil, logrando así una mayor humedad y fertilización en los sembradíos de yuca y maíz. Esta práctica gradualmente sustituyó en algunas zonas el sistema de roza. En este periodo también comenzaron a construirse amplios espacios ceremoniales donde se practicaba el juego ritual de pelota o batey y se edificaron grandes viviendas llamadas bohíos. Los agricultores ostionoides fueron capaces de producir un excedente que permitió una mayor estratificación social y más tarde el surgimiento de jefaturas o cacicazgos (del taíno *kasiquá* que significa “que tiene casa”), de una nobleza vinculada al cacique, denominada nitaínos, así como de especialistas mágico-religiosos, llamados behique, que carac-